

Alberto Cordero Contreras

**ERES**  
**LO QUE ESCUCHAS**

**LP I**



Editorial Nazarí

Cara A

800 millones de dólares

# Intro I

## The Gizzy Jazz

*Mi rol en la sociedad, o la de cualquier artista o poeta, es intentar expresar lo que sentimos todos. No decir a la gente cómo sentirse. No como un predicador, no como un líder, sino como un reflejo de todos nosotros.*

John Winston Ono Lennon

John Lennon

(1940 – 1980)

7 de diciembre de 1980

No hay entradas. Con este cartel colgado hacía varios meses comenzaba el concierto de una de las bandas más exitosas de la época. En tan solo cinco años lograron impregnar un aire nuevo y fresco al Rock & Roll, reflejado en el millón de copias vendidas de su último LP *I Was Born With The Sgt. Pepper*, consiguiendo una proeza al alcance de muy pocos: un disco de platino. Hasta el mismísimo Mick Jagger en una entrevista concedida a la revista *Billboard* dijo de manera textual: «la irrupción en el panorama musical de esta gente ha sido jodida y asquerosamente buena».

Uno de los teatros más emblemáticos del mundo y una de las construcciones más distintivas del Reino Unido, aguardaba deseoso a que sus cimientos pudieran vibrar con el sonido puro y ecléctico extraído de las entrañas de sus afanosas guitarras. Inaugurado en 1871 y situado en Kensington Gore, su estructura circular afín al Coliseo romano invitaba a los grandes emperadores de tan antigua civilización a degustar cualquier tipo de arte; excepto una lucha sangrienta entre gladiadores, ejecuciones, naumaquias o caza de animales.

Mientras el grupo subía las infinitas escaleras previas al *hall*, Paul pensaba si de verdad se trataba de un teatro o quizás un palacio donde diluir sus más sinceras imaginaciones. Pasear

por aquella majestuosa obra de la arquitectura londinense lo introdujo en un infinito bucle de asombro disfrutando cada segundo de sus espacios y esencias. Es entonces cuando, por arte de magia, se descubre que el teatro Royal Albert Hall es más que eso. Es también un lugar donde elegir los sueños más placenteros del intelecto y regarlos con agua literaria, musical, teatral o escultural. Una especie de macetero donde echar raíces y evitar perder en el limbo del olvido el verdadero arte hecho realidad. Expresar en aquellas tablas toda la musicalidad interior de uno mismo se convierte, por tanto, en un lujo y un orgullo para cualquier músico que se precie o se considere como tal. Paul no iba a ser menos.

—Lo hemos conseguido —afirmó el intérprete a pesar de tener la mente puesta en la futura actuación.

—¡Inglaterra es nuestra! —exclamó Neri apoyando el antebrazo en el hombro de Will.

—¡El público... público está que arde... arde! —dijo Tim pegando la oreja en la delicada puerta que daba acceso al escenario.

—¡Chicos! —gritó Peter mirando su reloj—, es la hora.

Will le dedicó una escueta mirada corroborando de esta manera la animadversión que sentía hacia su mánager.

—Un momento, joder —le dijo. El grupo se colocó en círculo—. A la de tres —añadió con mejores modales—. ¿De acuerdo? —Todos afirmaron con la cabeza—. ¡Un, dos, tres!

—¡TGJ! —aullaron los cuatro amigos cinco segundos antes de salir a escena.

The Gizzy Jazz. Un sello de identidad. Una especie de ADN. Un juego de palabras en honor a Dizzy Gillespie, inventor del Bebop y del Jazz moderno —la letra G sustituye a la letra D obteniendo la palabra Gizzy—.

Aunque el grupo se decantaba por el Rock, en el repertorio de sus canciones evidenciaban influencias provenientes de otros estilos musicales como el Soul, el Pop y; por supuesto, el Jazz. Los cuatro músicos nacieron en Clinton, un distrito de Manhattan en la ciudad de Nueva York delimitado por las calles 34 al sur y 59 al norte, por el río Hudson en el este y por la Octava Avenida en el oeste. Su rompedora música se forjó mientras vagaban por las encrucijadas calles de un barrio lleno de conductos de aire caliente tras los desolados callejones, en los charcos de aguas fétidas de un suelo mugriento, en el aire abrupto y viciado que caía como una gran losa pesada en cada poro de la piel o entre las escaleras de incendios de los viejos y agrietados edificios en fachada continua. A esta postal marginal y denigrante se añadía la plaga de ratas que campaban a sus anchas como gatos domésticos en busca de alimento; además de las otras alimañas que pululaban en cada esquina con el único objetivo de conseguir más pan para cada día. Estos roedores, asesinos y vendedores de sueños efímeros, mataban con lentitud la integridad del ser humano con su amplio catálogo de comida rápida: heroína, cocaína, anfetamidas, hachís y *crack*; el producto estrella. Esta droga estaba tan arraigada a lo largo de las veinticinco calles de Clinton, que ni siquiera las damas de la noche desvestidas con sus grandes poderes de atracción carnal a juego con tacones, perfumes y carmín podían competir ante tan codiciado oro blanco.

Pero a pesar de la oscuridad, la decadencia, la pobreza y la delincuencia un halo de luz pudo brillar y salir por los cristales rotos de aquel viejo almacén abandonado en la calle 43 hasta llegar a oídos de todo el mundo. Una luz en forma de notas musicales compuesta por cuatro chicos humildes y sencillos que hacían música para el pueblo. Cantaban las verdades e injus-

ticias de un mundo inmoral donde la iniquidad, el atropello y el abuso de poderes hacían cada vez más débil al menesteroso. Ellos pensaban que con cada canción, acorde, corchea o ritmo promulgaban un discurso que contribuía a buscar la igualdad entre todos los seres humanos. Paul, Will, Neri y Tim formaban parte de una banda conocida a nivel mundial. ¿Quién no ha soñado eso alguna vez?

Will dominaba el bajo y de vez en cuando acompañaba a su hermano Paul haciendo algún que otro coro. Su fuerte personalidad le permitía lucir un extenso bigote parejo al de Dalí y un corte de pelo clásico recordando a los caballeros de la época dorada de Hollywood. Un *look* que no gustaba al grupo. Además, debido a su poderío físico, más que un músico parecía la reencarnación del mismísimo John L. Sullivan ganando el primer campeonato de boxeo de los pesos pesados.

Neri, nombrado mejor percusionista del mundo según la prensa especializada, tenía un carácter muy ácido y distante producido por una perturbación en su lenguaje llamada ecolalia. A pesar de sus fuertes raíces neoyorquinas, poseía una apariencia física típica de un individuo de Europa del norte: delgado y alto, pelo largo y rojo como el hilo de cobre, piel blanca como la cal, pecas color canela y nariz aguileña.

Tim, virtuoso guitarrista, gustaba llevar a todas horas unas gafas de sol con los cristales verdes para camuflar su constante e involuntario pestañeo de ojos —tic nervioso que hizo aparición el día que vio a su madre morir por sobredosis en el sofá del salón cuando no era más que un crío—. Cubría su frente con un trozo de tela negra y fina, recogéndole al mismo tiempo el cabello. La extensa barba marrón estilo *hippie* homenajeaba a su padre; pionero de este movimiento contracultural, libertario y pacifista surgido en Estado Unidos durante los años 60' y que

acabó de manera abrupta la madrugada del 9 de agosto de la mano de Charles Manson.

—¡Otra, otra, otra, otra! —gritaban los casi seis mil espectadores acompañando el sonido vocal con palmas.

Paul dirigió una breve mirada panorámica a su grupo. Luego bebió un poco de agua. No era partidario de tomar alcohol actuando. Will jadeaba con los brazos abiertos a todos los presentes. Tim afinaba su guitarra antes de tocar la última canción y Neri miraba las extrañas estructuras en forma de setas que colgaban del techo del recinto y que mejoraban el sonido sobre el escenario.

—¡Ya veo que queréis otra! —gritó Paul—. ¡Está bien, os daremos otra! —añadió extenuado—. ¡Pero antes quiero que sepáis que con nuestra música decimos lo que pensamos o lo que odiamos..., también lo que amamos!

Will y Tim clavaron los ojos en el vocalista al comprobar que su discurso caló hondo en un público que no paraba de gritar y silbar. Neri, ajeno a las palabras del cantante, continuaba introducido en la estética mística de los difusores acústicos iluminados con colores verdosos.

—Parece... parece un bosque... bosque... —masculló el batería— milenario... milenario.

—¡Deja de flipar! —le recriminó Will—. Puto yonqui de mierda.

—Tranquilo —le dijo Tim haciendo un gesto con la mano mientras con la otra sujetaba la guitarra por el mástil.

—¡Quiero pedir os una cosa esta noche! —gritó Paul quitando el micrófono del trípode para acercarse al borde del escenario—. ¡Quiero que seáis libres. Libres para pensar y ser lo que queráis ser en esta jodida vida. No dejéis que os manipulen. Esto se llama... *Let Me Think, Asshole!*

El cantante miró atrás e hizo un gesto a su batería en señal de inicio. Al instante, Neri bajó de su nube y dio dos golpes con sus baquetas, seguido de otros tres, dando inicio a la canción. Un ritmo de tres por cuatro marcaba el compás acompañado de unos arpegios menores expulsados de la guitarra de Tim. Will tocaba las tónicas de cada acorde con su bajo reforzando aún más el esqueleto armónico. El público se unió al grupo balanceando los brazos. Paul se acercó a una esquina del escenario y se encontró con él, la voz de Júpiter. Un gigantesco órgano que coronaba majestuoso el escenario y que en su día fue el instrumento más largo del mundo.

Enseguida Júpiter emitió unos sonidos magistrales gracias a la habilidad de Paul. Más que tocar lo halagaba como si estuviera acariciando el cuerpo de una mujer. Este hecho terminó de arrancar la completa admiración del respetable. Un clímax perfecto. Una simbiosis entre música y sentimientos volaron por todo el Royal Albert Hall. Tras casi seis minutos de melodía, el maravilloso sonido del grupo terminó. Las luces del escenario se apagaron y el concierto finalizó. Dos milésimas de segundo llenas de silencio se oyeron para ser roto de cuajo por una ensordecedora ovación. Entre risas, pieles erizadas y sensaciones indescriptibles abandonaron el escenario ante el clamor popular de los asistentes. En bambalinas, y fuera de la mirada perpetua del público, los cuatro músicos se fundieron en un certero abrazo.

—¡Joder! —dijo Tim—. Ha sido la hostia.

—¡Sois los mejores! —exclamó Peter reclamando la atención de Paul.

—¿Y este? —susurró Will—. ¿Qué quiere ahora?

Neri sonrió de manera exagerada y Tim levantó los hombros en señal de duda.

—Ahora os alcanzo —le dijo Paul a Will.

Uno de los hermanos Jackson —dos armarios empotrados encargados de la seguridad del grupo— apartaba con poca delicadeza a la prensa, publicistas y *groupies* para que Will, Neri y Tim alcanzaran el camerino sin ningún percance. El otro Jackson se quedó junto a Paul.

—Cuarenta y cinco minutos, ¿de acuerdo? —le advirtió Peter.

—Paso.

—Paul, tenemos un contrato. Se estipuló una rueda de prensa antes del concierto y otra después.

—Y en ese contrato, ¿dónde pone que tenga que ir yo?

—Los periodistas te quieren a ti. —Peter se aflojó la corbata—. Eres el líder del grupo.

—Ya te dije esta mañana que tengo una cita.

—¿Tu escapada a Horley? ¿De verdad quieres hacerla?

—¿Tú que crees?

Peter miró con incredulidad a su representado. Al mismo tiempo, Jackson oteaba el horizonte con una mirada asesina. A nadie en su sano juicio se le pasó por la cabeza acercarse al músico.

—¿Y quién dará la rueda de prensa?

—Mi hermano.

—¿En serio?

—No pasa nada. —Paul le dio unas palmaditas en el hombro—. Todo está controlado —añadió y se alejó en busca de su banda con Jackson convertido en su sombra.

—¡Hemos triunfado! —exclamó con entusiasmo Tim.

—¡Ya lo... lo creo... creo! —añadió Neri extasiado.

Will fue el último de los tres músicos que entró en el camerino. De un portazo, cortó la conversación de sus dos compañeros.

—¡Me quieres explicar qué coño te pasa!

—No te pongas así —dijo Tim secándose el sudor con una toalla de escasas dimensiones—. Todo ha salido bien.

—¡Y una mierda! ¡Se ha equivocado tres veces!

Neri se acomodó en el sofá con la mirada gacha.

—Nadie... nadie se ha dado cuenta... cuenta.

—¡Te dije que nada de drogas!

Will apretó los dientes mientras fulminaba a Neri con la mirada. El silencio instaurado en el camerino dio paso a una tensión a punto de estallar. Tim se colocó la toalla sobre los hombros sin saber qué decir.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Paul entrando en el camerino—. Ni que se hubiera muerto alguien.

—Nada —mintió Will dejando su enfado para otro momento y miró a su hermano—. ¿Qué te ha dicho Peter?

—Luego te cuento.

—Vaya mierda... mierda...

—Mierda de toalla que nos han dado —interrumpió Tim a Neri intentando camuflar los efectos de la droga inherentes en su amigo.

—Por lo menos —pausó Paul mirando la pequeña mesa de catering—, nos han puesto champán.

—Voy a pedir unos vasos... o lo que sea —dijo Will con la intención real de perder de vista a Neri.

—No hace falta, hermano.

El tapón de corcho salió escupido de la botella golpeando el techo y perdiéndose debajo del sofá. Paul vertió el espumoso líquido directo en la boca de Will. Luego hizo lo mismo con Tim y con Neri. Por último, bebió él.

—Lo hemos hecho de puta madre —añadió Paul después de tragar el amargo líquido. Luego tomó asiento en el sofá, a la derecha de Neri.

—Un discurso cojonudo —afirmó Tim. Will repartió las cuatro botellas de champán que restaban.

—Cualquier día... día nos meten en la cárcel... cárcel —dijo Neri acercándose a la mesa de catering. La bandeja plateada rebosante de aperitivos fue un reclamo imposible de ignorar.

—Al que le moleste —pausó Will ocupando el sitio de Neri—, que se joda.

—¡Eso, que se jodan! —exclamó Tim alzando la botella. Los demás hicieron lo mismo antes de beber.

—Por cierto, hermano. Un poco arriesgada tu improvisación.

—Hacía tiempo que quería meterle mano a ese órgano.

—Estamos acostumbrados a tus improvisaciones —dijo Tim mirando de reojo a Neri, que no paraba de comer—, pero lo de hoy ha sido un pasote.

—Este es un *crack* —afirmó Will mirando a su hermano con orgullo.

—Nosotros... nosotros también somos... somos buenos músicos... músicos.

—Sois más que eso —dijo Paul—. Sois mi puta familia.

Entre risas, copas, humo y celebraciones por el gran concierto ofrecido, Paul se cambió de ropa a toda velocidad. La camiseta blanca de tirantas y la chupa negra de cuero las renovó por una camisa azul y una gabardina color turrón con el cuello lo bastante alto como para tapar su cara. Un sombrero estilo Frank Sinatra y unas gafas de sol negras terminaron de camuflar al músico.

—¿Dónde vas?

—Tengo una cita, Will.

—¿Con quién? —preguntó Tim tomando el relevo de Paul en el sofá.

—¡Con la *groupie* de grandes tetas que está en el pasillo!  
—Esa para ti —le dijo Paul a su hermano—. He quedado con *La Española*.

—¿Y la rueda de prensa? —volvió a preguntar Tim.

—Lo dejo en vuestras manos.

—Peter... Peter se va a cabrear... cabrear —dijo Neri sentado de mala gana en una silla con la cabeza apoyada sobre la mesa de catering.

Paul se acercó a su hermano, que seguía sentado en el sofá, y le dio un trozo de papel.

—El teléfono de la casa —le susurró—. Neri está pasado de rosca. No dejes que hable en la rueda de prensa.

—No te preocupes —le dijo Will y Paul abandonó el camerino.

Al otro lado de la puerta todos querían un autógrafo, una foto o tocar al cantante. El músico, consciente de su fama, aceptó con resignación el nefasto resultado obtenido con su cambio de imagen. Uno de los dos guardaespaldas que custodiaban el camerino abrió paso a través del estrecho pasillo hasta llegar al vestíbulo, pero todavía quedaban personas saliendo del teatro. Con mucha prisa, Paul dio media vuelta y accedió a la puerta de servicios para evitar toparse con los rezagados. Un par de empleados le reclamaron una firma en una servilleta de tela con las iniciales bordadas del Royal Albert Hall, a lo que el músico aceptó de buen grado. Cuando terminó el garabato, continuó por otro pasillo algo más amplio hasta que consiguió salir a la calle por una puerta de emergencias. Jackson regresó de nuevo con el resto del grupo. Un par de calles más abajo, *La Española* esperaba con impaciencia en el interior de un Austin Allegro color caoba. El reloj del salpicadero señalaba que eran las dos de la madrugada. Nada más llegar Paul al automóvil, la chica bajó la ventanilla.

—¿Subes?

—Tú qué crees —dijo en un suspiro mientras recuperaba el aliento.

—¿De qué vas disfrazado?

—Es lo único que había en el camerino.

Paul entró en el coche.

—Me gusta que te tomes tantas molestias para verme —dijo ella—. Bésame.

Él obedeció. Los labios tiernos y cálidos de *La Española* se convirtieron en un manjar para su extrovertido paladar.

—¿Te ha gustado el concierto? —preguntó Paul a trompicones.

—Claro que sí. Todo el mundo gritaba TGJ sin parar. Ha sido increíble.

—Neri ha fallado en algunas entradas.

—No se ha notado.

—Eso espero.

—Vuestra música es magia. Sois capaces de acariciar el oído y de acelerar el corazón... Incluso de erizar la piel en un pestañeo. —Las palabras de la chica deleitaron al músico—. Y tu voz es muy personal, de esas que se reconocen nada más escucharla.

—Me miras con buenos ojos.

—Eso también.

Los cristales del coche terminaron de empañarse.

—Nadie me había dicho algo así, gracias. —La chica sonrió orgullosa—. Espero que mañana los periódicos opinen igual que tú —dijo al instante.

—No creo —ironizó ella—. Por cierto, ¿quién va a dar la rueda de prensa?

—Will.

—Te dije que no quería interferir en tu carrera.

—No pasa nada.

—Vuelve al teatro y atiende a los periodistas.

—Lo hará bien.

—¿Seguro?

—Sí. —Y sus lenguas jugaron a encontrarse dentro de sus bocas.

*La Española* era el apodo que empleaba con cariño Paul. La chica lo conoció en un concierto que ofreció TGJ en Barcelona. Ella fue la ganadora de un concurso radiofónico para asistir al evento con un pase VIP. La entrada incluía ver el espectáculo en primera fila y conocer en persona al grupo. Su espectacular belleza hizo perder la cabeza al músico en aquella presentación hace ya casi un año.

—Paul, tengo que decirte algo.

Su seriedad cortó de raíz todo el romanticismo surgido entre los dos.

—Te escucho.

—Aquí no.

—Este coche está bien. Tenemos hasta calefacción.

—Lo digo en serio.

—Perdona. —El músico buscó sin éxito su mirada—. Tengo el sitio perfecto.

—¿Sin fans?

—Sin nadie que nos moleste.

—De acuerdo —afirmó ella—. ¿Conduces tú?

—Vale. Pero tardaremos un poco.

—No me importa.

*La Española* bajó del automóvil para cambiar de asiento. El frío la golpeó al instante. Paul hizo lo mismo pero sin abandonar el interior del vehículo. Cuando los cristales se desempañaron, metió la primera marcha y condujo casi una hora hasta llegar a

Horley, una parroquia civil y una villa perteneciente al distrito de Reigate and Banstead, en el condado de Surrey, al sur de la ciudad. Paul compró una pequeña casa en un lugar colindante con un parque natural lleno de centenarios robles, césped húmedo y juguetonas ardillas.

—¿Preparada? —dijo Paul una vez aparcado el coche en el porche trasero arropado por un enorme toldo azul.

Ella afirmó con la cabeza y el músico metió la llave en la cerradura. La puerta chirrió desagradablemente. A la pareja no le importó.

—¡Me encanta! —exclamó ella con una sonrisa que iluminó todo el inmueble.

Equipada con un viejo frigorífico, una despensa llena de víveres no perecederos y un arcón cargado de leña; tenían todo lo necesario para no salir de allí en meses. Ambos tomaron asiento en un cómodo sofá marrón frente a una pequeña chimenea, después de dejar los abrigo en el perchero de la entrada. A la derecha, una barra americana marcaba la división entre la cocina y el comedor. A la izquierda el dormitorio, con un pequeño cuarto de baño, completaban el acogedor refugio.

—No hay mucho lujo —puntualizó Paul—, pero es muy tranquilo. Así podré descansar de la fama.

—Es perfecto —contestó ella. Al instante lo abrazó.

Paul, al notar su tembloroso cuerpo, echó unos troncos en la chimenea. Con una cerilla encendió un par de palos y los depositó alrededor de los grandes leños. De vez en cuando la madera crujía con gracia haciendo un dueto con el sonido de la llovizna que golpeaba rabiosa contra los cristales. El viento se animó y comenzó a soplar con fuerza uniéndose al dúo de onomatopeyas. A continuación se dirigió al dormitorio y extrajo del armario una roñosa manta que colocó sobre los hombros de *La Española*.

—¿Tú me quieres? —preguntó ella con los ojos acristalados. El músico se acurrucó a su lado. Luego respondió.

—Yo te amo.

—¿De verdad?

—Por supuesto, ¿acaso no te lo he demostrado?

—Estoy embarazada —dijo ella casi al borde de un ataque de nervios.

Paul la miró pensativo, casi sin pestañear. Su corazón parecía una locomotora. El color amarillo y naranja del interior de la chimenea iluminaba la cara de ambos. El músico posó con delicadeza el dedo pulgar en sus mejillas y le secó las lágrimas.

—Es lo mejor que he escuchado en toda la noche.

Al oír la contundente respuesta, las pupilas de *La Española* se abrieron tan rápido como un rayo cuando cae desde un cielo gris, para después reflejar una mirada de tranquilidad. Ambos se abrazaron con fuerza durante mucho tiempo.

—Puedes tener a la mujer que quieras —dijo ella al rato.

—Ya tengo la mujer que quiero —replicó él deshaciendo el abrazo antes de saborear sus labios. Las lágrimas de *La Española* hicieron más húmedo el beso.

—Pensé que me dejarías —dijo ella muy aliviada—. Un bebé es una distracción para tu carrera. Yo no tengo nada que ofrecerte.

—No digas eso. Tú me das todo lo que necesito para seguir viviendo.

—Eres demasiado bueno para ser verdad... Ni siquiera hablas como un rockero.

Un viejo teléfono apostado en una pequeña mesita al lado de la puerta de entrada sonó con alevosía interrumpiendo tan amorosas declaraciones de sinceridad.

—Qué oportuno —murmuró Paul acercándose al aparato—. ¿Sí?

—Paul, soy yo.

—Te noto nervioso, hermano.

—¿Qué pasa? —dijo *La Española* entre dientes.

El músico la ignoró y volvió a conversar con Will.

—Neri la ha liado. Te dije que no...

—¡Calla, Paul! No tiene nada que ver con él. Ni con Tim.

Ni conmigo.

—¿Entonces?

—Ha ocurrido una tragedia.

—¿Una tragedia? —replicó Paul.

*La Española* se levantó del sofá y acudió al lado del músico.

—Han disparado a John.

—¿Al barbero del barrio?

—No, idiota.

—¡A John Lennon! —gritó su hermano—. ¡Han disparado a John Lennon!

Las palabras «¡Han disparado a John Lennon!» retumbaron en el cerebro de Paul como si le hubieran golpeado la cabeza con un bate de béisbol. Inconsciente, soltó el teléfono cayendo en la alfombra que cubría parte del salón. Las lágrimas no tardaron en brotar. Su cuerpo quedó paralizado. Tan solo sus pensamientos pudieron reaccionar: «No puede ser. Mi carrera musical se la debo a él. Su influencia, su música, sus ideales, su vida. Todo es gracias a John. Incluso le hemos dedicado nuestro último disco. Es más que un amigo. Es como un padre para mí. Ese padre que nunca tuve. Un genio adelantado a su época. Cambió la música para siempre. Cambió los ideales sociales, políticos y estéticos del mundo. Contribuyó a crear un nuevo estilo de música. Un nuevo pensamiento. Una nueva forma de vivir...».

—¡Me estás escuchando!

La voz de Will se hizo presente en toda la estancia. *La Española* se agachó a recoger el aparato y se lo cedió a Paul.

—Está... —masculló Paul a cámara lenta—. ¿Muerto?

—No lo sé. Lo han llevado al hospital.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Paul con la mirada perdida.

—*El Gordo* nos lo ha dicho.

*La Española* permanecía inmóvil al lado de Paul compartiendo su dolor y sus lágrimas, corroborando de esta manera el amor que sentía por él.

—Un tal Chapman le ha disparado cinco tiros por la espalda —añadió Will.

—¿En Dakota?

—Sí. En su propia casa.

—Y vosotros, ¿qué habéis hecho?

—Nada. Nos tienen encerrados en el camerino.

—¿Por qué?

—Peter dice que cualquier fan lunático puede tomarlo como ejemplo.

—¡No me jodas, Will! ¿Seguro que no hay nada más?

—No.

—¡Will! —volvió a insistir Paul reconociendo la voz temblorosa de su hermano al mentir.

—De acuerdo —pausó su hermano—. El F.B.I. se ha puesto en contacto con nosotros. Han encontrado una lista con personas a las que quería asesinar.

—¿De qué estás hablando?

—Elizabeth Taylor, Marlon Brando, Jacqueline Kennedy, Johnny Carson... Tú estás en esa lista. —Paul tragó saliva—. Aunque el psicópata ha sido detenido; por precaución quédate ahí.

—Ni de coña.

—La gente ha salido a la calle.

—Me da lo mismo. No pienso quedarme aquí.

—Espera a que llegue la policía.

—Te he dicho que no.

—¡Y yo que te quedes donde estás! —gritó Will.

—Está bien —dijo al rato Paul.

El músico colgó el teléfono de mala gana sin despedirse de su hermano. A los dos segundos abrazó a *La Española* con tal ahínco que casi la deja sin respiración.

—¿Es verdad, Paul? —preguntó ella deshaciendo la carantoña—. ¿Le han disparado?

—Sí..., y aquí no tenemos televisión... Ni siquiera una maldita radio.

—Es por mi culpa. Te pedí un sitio tranquilo.

—Tú no tienes nada que ver.

La pareja volvió al sofá. *La Española* comprendió que su sentido de culpabilidad había llegado en un momento muy inoportuno. Por ello, cambió su discurso.

—Seguro que se pone bien. John es demasiado maravilloso como para morir.

—Espero que tengas razón.

—¿Qué más te ha dicho Will?

—Nada más.

Si Paul reconocía la voz temblorosa de su hermano al mentir, *La Española* hacía lo propio con el futuro papá.

—Dime la verdad, por favor.

—El loco que ha disparado a John tenía una lista... —dijo él tras varios minutos en silencio sopesando qué decir— Y yo estoy incluido en ella.

El semblante de *La Española* cambió de pronto. Una lucha interna se apoderó de ella hasta que el llanto la venció. Paul

cogió las manos de la chica y las apretó contra su pecho en un intento desesperado por tranquilizar a su amada.

—No pasará nada, te lo prometo.

—La sola idea de perderte es demasiado para mí.

Él la besó.

Los minutos fueron pasando. Paul se levantó y preparó unas infusiones. La angustia surgida ante tantas e intensas emociones se diluyó con cada sorbo de aquellas viejas tazas de manzanilla. El silencio de sus gargantas decía mucho más que cualquier palabra. La lluvia y el viento cesaron su concierto de ruidos. Ella apoyó la cabeza en el pecho de Paul perdiendo la mirada en el intenso fuego que brotaba de la chimenea. Cerró los ojos y se durmió. El tiempo se aceleró convirtiendo la leña en ceniza y el calor en frío. El músico, que había permanecido absorto con sus propios pensamientos, sonrió al ver la cara angelical de su *Española*. Con delicadeza la cogió en brazos y la llevó hasta el dormitorio. Una vez dentro, la tumbó en la cama. Con ojos de enamorado la miró y la besó en la mejilla guardando la escena para siempre en su corazón.

—Gracias por hacerme volar —susurró.

Y en un acto de valentía obligada, Paul salió del improvisado refugio sin mirar atrás.